

UN CASO INTERESANTE DE AFASIA

TRATADO POR LA TERAPÉUTICA PEDAGÓGICA

C. A. de 43 años de edad, médico, á consecuencia de hemorragia cerebral queda hemipléjico de la derecha y sin palabra. Del examen que se le practicó antes y durante el tratamiento, resulta que padece de *sordera verbal, sordera psíquica, afasia motriz, afasia amnésica, ceguera verbal, ceguera psíquica y de agrafia.*

El oído se encuentra en condiciones normales. Tiene una voz enteramente nasal. La lengua es muy voluminosa é incapaz de movimientos rápidos y enérgicos. Los labios sumamente gruesos y sin aptitudes para juntarse, comprimirse, despegarse y amoldarse según exige la correcta articulación de ciertas letras. El ángulo izquierdo de la boca se halla muy desviado. Es sumamente nervioso. El lado superior derecho se halla aún inutilizado por completo, á diferencia del inferior del que ya se sirve para caminar. No pronuncia sino *cá-có, cacó*, inconscientemente y en forma automática, es su *jerga*. Reconoce los objetos, pero no recuerda ni puede decir el nombre correspondiente. Tampoco reconoce ninguna de las letras del alfabeto, ni las escribe, á no ser en forma de dibujo, es decir, sin comprender su valor; las ve como las puede ver un niño ó un hombre que nunca haya aprendido á leer. Juega al dominó, cuenta mentalmente los tantos que gana, los apunta y protesta cuando alguien trata de reducir la cantidad bajo el pretexto de una equivocación. Habiéndole presentado un billete de *cien pesos* y otro de *un peso* para que elija, sonriéndose tomó el de *cien*, acompañando el acto con una seña que quería significar que tenía un valor mucho mayor. Dificilmente participa de conversación alguna, ni por medio de la mímica que es demasiado pobre, incompleta, y por lo común uniforme. Casi nunca toma la iniciativa de expresar á otro sus deseos. Huye de las compañías, y manifiesta una preocupación especial por el hecho de que, después de ocho meses de estar enfermo y de haber seguido escrupulosamente el tratamiento que sus médicos le han sugerido, aún no puede mover para nada el brazo derecho, y menos articular palabra.

(1) I LECCIÓN.—El primer día de clase me propongo descubrir si es capaz de atención y discernimiento y en qué grado. Lo invito á fijarse en la posición que ocupan mis órganos para la pronunciación de la *a*, y, procurando que la impresión acústica le resultara lo más enérgica posible, se la pronuncio en un tono de voz algo más elevado del que se emplearía con un normal, unas cuantas veces seguidas de un modo prolongado, y á unos diez centímetros de distancia ya del oído derecho, ya del oído izquierdo. Al mismo tiempo coloco una mano suya en mi garganta y en mi pecho sucesivamente para que vaya dándose cuenta del lugar preciso donde se producen las vibraciones y de la intensidad de las mismas, y además porque es sabido que la eficacia de las sensaciones musculares que se producen cuando se ejecuta pasivamente un movimiento determinado, es muy considerable, pues si más tarde además de ver á uno que se mueva, advertimos que bajo la dirección de otra persona, cumplen nuestros músculos el mismo movimiento, se aprende á repetirlo más pronto sin ayuda alguna. Luego le invito á que repita lo mismo. A la primera tentativa en lugar de *a* me dice *ca*. (La lengua sigue moviéndose según está acostumbrada desde hace ocho meses, debiendo notar que, en cuanto á articulación se refiere, es el único y exclusivo movimiento que realiza. Le pronuncio en seguida la sílaba *ca* para que la repita, pero no puede. Queda mirándome un rato en silencio, y después empieza á pronunciar no la *ca* aislada y por una sola vez como yo le he indicado, sino *cacó*, *cacó* en forma muy rápida y muchas veces seguidas).

En cuanto á la emisión de la vocal *a*, no me atrevo decir si la imposibilidad advertida se debe á que la lengua se rebela á mantenerse en la posición requerida, que es una posición de descanso en el interior de la boca, ó bien porque no emana del cerebro la orden correspondiente, por no haber recibido con la energía necesaria la impresión del exterior á fin de que fuese posible la reacción. En presencia de esta duda, vuelvo á ejecutar el mismo ejercicio, y de nuevo acudo al oído, al tacto y á la vista del paciente. Lo invito á probar otra vez, y cuando en lugar de la *a* le salió otra vez *ca*, cerró el puño de la mano izquierda y miró hacia arriba como imprecando. Había conseguido lo que me propusiera. Mi paciente advertía la diferencia entre mi pronunciación y la suya; se esforzaba para remediar el mal, se daba cuenta de la imposibilidad, luego había vida psíquica.

Hecho esto, dejo de insistir sobre la pronunciación exacta de esta vocal y me limito á un ejercicio de expiración á boca normalmente abierta en forma áfona, obligando, ayudando al principio á que la lengua se mantenga firme en la posición indicada. Después de unos diez minutos consigo que, previa la colocación del órgano en su lugar preciso, y después de una pequeña pausa, emita la voz, dando lugar, como es natural, á la pronunciación de la *a*. El enfermo se da cuenta del cambio, deja entrever en la expresión de su semblante una

(1) Para mayor claridad de la exposición, emplearé la persona primera del singular.

alegría inmensa, y por medio de señas más ó menos bien hechas, me hace comprender que repita la prueba. Accedo y obtengo idéntico resultado. Entusiasmado, quiere ejecutar el ejercicio por sí solo, pero inútilmente; vuelve á presentarse la *ca*. Suspendo la lección.

II LECCIÓN. — Inicio la clase con algunos ejercicios de respiración en forma áfona. Luego poquito á la vez, ayudándome por medio del tacto, lo guío á que emita la voz, que al principio sale algo nasal. Le corrijo la posición de la lengua y la abertura de la boca que es un poco exagerada y obtengo una *a* natural con voz de pecho. En lugar de una *a* prolongada, previa disposición de los órganos, lo invito á emitir unas *a* acentuadas y rápidas. No lo consigue. Vuelve á decir *ca*. Se da cuenta del error y protesta consigo mismo. Toma el espejo que se encuentra á su alcance, se detiene á reflexionar un momento y después procura de nuevo pronunciarla del mismo modo que la voy pronunciando yo. A los cinco minutos consigue el intento y se muestra muy satisfecho. Alterno la pronunciación de dicha vocal en las dos formas indicadas y no hay equivocación.

Paso en seguida á la enseñanza de la *o*. Las dificultades aumentan sensiblemente. No alcanza á llevar los labios hacia adelante y á reducir la abertura de la boca, como tampoco á contraer un poquito la lengua y á empujarla hacia atrás. Emite una *o* que se confunde con la *a*. Se da cuenta de lo que le solicito, se mira en el espejo y copiando la posición que ocupan mis órganos, él mismo se acomoda los suyos. Después de unas cuantas pruebas, pronuncia la *o* con bastante corrección. Le enseño acto seguido á pronunciar la *u*, lo que consigue con bastante facilidad. Previa una inspiración profunda, le hago pronunciar la *a*, y sin que la inspiración se interrumpa, lo ayudo á cambiar de posición la lengua y los labios para que emita la *o* y la *u*. Todo esto resulta hecho con claridad y muy fácilmente. Estas tres vocales se las hago pronunciar aisladas, acentuadas y rápidamente, pero los órganos se resisten; aun muestran lentitud, debilidad y falta de memoria orgánica para cumplir los movimientos necesarios y pasar con la rapidez debida de una posición á otra. Inicio la enseñanza de la *e* y de la *i*. En el primer caso la lengua no se arquea lo suficiente para disminuir la abertura entre ella y el paladar; su base se mantiene demasiado baja; el ángulo izquierdo de la boca se deforma exageradamente, y la *e* sale sumamente deformada. Ejecuto yo el ejercicio unas cuantas veces seguidas, invitándolo á fijarse en mi boca y á escuchar con atención el sonido. Después suspendo la lección. Está demás decir que durante la ejecución de estos ejercicios, persiste la tendencia á pronunciar *cacó*, *cacó*. . .

III LECCIÓN. — Empiezo por hacerle ejecutar una serie de ejercicios tendientes á dar á su lengua, labios y mandíbula inferior la energía y agilidad de que están desprovistos. Luego para conseguir la independencia de esos mismos órganos en la ejecución de los respectivos movimientos, lo invito á que haga lo mismo que hago yo, es decir, á abrir y cerrar la boca, sin que la lengua ejecute movimiento de ninguna especie; á mantener la boca abierta mientras la lengua se mueve de arriba hacia abajo, de derecha á izquierda, de adentro hacia afuera, y viceversa, etc. . .

Vuelvo después á hacerle pronunciar las primeras tres vocales *a, o, u*, invirtiendo el orden y de un modo bastante rápido. Las pronuncia con relativa seguridad. Debo advertir que desde este momento, tratándose de corregir la sordera verbal cortical ordinaria de que padece, por medio de compensación funcional, procuro ejercitar y favorecer el desarrollo del centro auditivo que pertenece al hemisferio derecho y de colocarlo en relación más completa con el centro de Broca del hemisferio izquierdo que creo ver no del todo destruído. Para esto trato por todos los medios de concentrar su atención sobre las vocales que pronuncio. Luego lo invito, previa advertencia sobre la posición necesaria de los labios y de la lengua para la recta pronunciación, á reproducir los mismos fenómenos, prohibiéndole que me mire en la cara. En seguida me coloco distante de él dos ó tres pasos, le doy la espalda, evito que el semblante mío sea reflejado en algún espejo que él pueda ver desde la posición que ocupa en la cama, y pronuncio alternadas las vocales que ya conoce para que las repita, lo que hace con bastante seguridad.

Empiezo la enseñanza de la *e* y esta vez con resultados satisfactorios. El paciente se mira en el espejo y él mismo se coloca la lengua en el lugar correspondiente. Se prueba varias veces seguidas, y comprobada la exactitud del sonido, me hace comprender que la *e* emitida por él es igual á la mía. Tiento con la *i*, pero inútilmente. Emite un sonido completamente nasal. No hay expiración por la boca. Entonces la pronuncio yo unas cuantas veces, limitándome á llamar con insistencia su atención sobre el sonido, la posición de la lengua y la cantidad de aire que sale de mi boca. A fin de no cansarlo, y más que nada para no desanimarlo, cambio ejercicio y pruebo á hacerle emitir el sonido que caracteriza la consonante *m*, y lo consigo. Le agrego en seguida la vocal *a* para formar la sílaba *ma*, pero sin resultado. Antes de la *m* pronuncia una especie de *a*, luego entre la *m* y la *a* se interrumpe y me dice *m. . . a*. No hay sucesión en los movimientos. La mandíbula inferior se resiste, y cuando se separa de la superior hace un movimiento de derecha á izquierda de una manera muy brusca, en lugar de moverse en dirección vertical.

En vista de este inconveniente inicio una serie de ejercicios de abrir y cerrar la boca ordenadamente y sin articular sonido alguno. Al principio le cuesta bastante, pero al fin lo consigue. Le hago pronunciar de nuevo *ma*, y esta vez en forma correcta. Lo invito á pronunciar muchas *ma* seguidas con una sola expiración, y resulta que, después de la primera, las restantes las dice casi á dientes cerrados. Le hago notar la falsa emisión de la vocal *a*, y después de unas cuantas pruebas remedia el inconveniente. Para la pronunciación de esta sílaba, todavía no ha adquirido la capacidad de ir á ocupar en seguida la posición de partida, es decir, juntar suavemente los labios antes de emitir sonido alguno.

Conseguido esto, pruebo hacerle pronunciar la *pa*. Tropiezo en seguida con una dificultad muy seria. Los labios no se contraen con la debida energía. En lugar de *pa* sigue diciendo *ma*. La expiración se hace por la nariz. Le llamo la atención sobre el inconveniente, y él entonces deja de decir *ma*, y me pronuncia solamente *a*, por más

que junte y separe los labios. La explosión de aire que caracteriza la consonante *p*, y que deriva de la brusca separación de los labios en el momento que el aire contenido en el interior de la boca trata de abrirse paso por la misma, al ser empujado por los pulmones con bastante energía, no la hace oír para nada. A veces mientras va pronunciando *ma* sin quererlo, se comprende, intercala unas cuantas *pa*. Le hago notar que es esa precisamente la sílaba que yo quiero; él me hace comprender que se ha dado cuenta, pero cuando renueva la inspiración y trata de conseguir el mismo efecto, entonces el inconveniente vuelve á presentarse. Mientras voy haciendo estos ejercicios, descubro que presenta una tendencia muy marcada para la pronunciación de la *s*; aprovecho la circunstancia y consigo que la emisión de esta consonante, *de casual, se vuelva consciente*. Efectivamente, después de unas cuantas pruebas, consigue emitirla intencionalmente. Le agregó la vocal *a* para formar la sílaba *sa*, y tengo que habérmelas con el mismo inconveniente ya advertido en la sílaba *ma*. No hay sucesión de movimientos; la mandíbula no se mueve, y la boca permanece en la misma posición de la *s* en lugar de ir á ocupar la de la *a*. Dejo el ejercicio.

En esta misma lección inicio la enseñanza de la lectura. Escribo en una hoja de papel las primeras cuatro vocales que ya puede pronunciar con relativa facilidad, solicitándole que las lea. Las observa durante un largo rato, y luego me hace comprender que no sabe y me entrega el papel. Esos símbolos gráficos no los reconoce. Con la esperanza de que la imagen muscular llegue á despertar la imagen fonética, primero le hago seguir con el dedo los contornos de esas vocales, luego le coloco un lápiz entre los dedos, y, guiándolo, se las hago escribir, pero tampoco con estos recursos alcanzo que ni siquiera haga la tentativa de pronunciar una de esas vocales. No me quedaba entonces otro remedio que enseñárselas de nuevo y así lo hice. Al poco tiempo las distingue y las lee. Le indico la *o*, y la pronuncia. Le digo que está equivocado, y que vuelva á leerla; él se sonríe, y me repite *o*, indicándome que la *a* es la que está al lado. Manifiesta distinguir más rápidamente la *o* que las demás vocales por la analogía que existe entre su configuración gráfica y la postura de la boca para su pronunciación. Así me lo ha hecho comprender con una seña muy exacta, mirándose en el espejo. Del mismo modo cuando cobró conciencia del ruido que producía emitiendo la *s*, me hizo comprender que igual cosa sucede cuando se abre la canilla del lavatorio, ó bien cuando se chista á una persona. Después de una hora y cuarto de clase aún no demuestra cansancio, estando muy entusiasmado.

IV LECCIÓN. — Desde la iniciación de la clase advierto que no tiene la misma lucidez mental de los días anteriores; es algo nervioso, está de mal humor. A fin de animarlo y distraerlo, y sin que él se lo suponga, le hago repetir los ejercicios más sencillos y para los que ya tiene una cierta facilidad de ejecución, lo felicito calurosamente por el éxito, lo halago en su amor propio, y poco á poco, consigo que recobre ánimo. En estas condiciones inicio la enseñanza de la *i* que había suspendido el día anterior, y después de unas cuantas pruebas,

obtengo que la pronuncie con bastante regularidad. Se complace del resultado y espontáneamente prueba á decir las cinco vocales, lo que hace en forma discreta. Se las presento para que las lea, y también demuestra no haberse olvidado de lo que había aprendido el día anterior. De más está decir que la emisión de estos cinco sonidos fundamentales va perfeccionándose cada vez más.

Considerado el estado del alumno, creo conveniente no hacer ejercicios que requieran atención continuada, y en consecuencia lo ejercito en movimientos de los labios y de la lengua para que vayan adquiriendo cada vez más la agilidad y la energía que son indispensables para un hablar cómodo y correcto. Mientras tanto, y sin ni siquiera dejarle comprender que me propongo conseguir un fin determinado, aprovecho esta circunstancia para hacerle pronunciar la *f* y la *l*, que consigo parcialmente. Al finalizar la clase lo invito á pronunciar la sílaba *ma* y lo hace bien; le digo que pronuncie la *pa*, y todavía no tiene seguridad por más que haya adelantado algo. Lo que consigo es que emita la sílaba *na* con bastante perfección.

Investigo para cerciorarme si conserva la noción de cantidad y resulta que hasta *seis* distingue perfectamente bien. No sigo adelante y no le exigo más porque por el momento no era ese mi propósito. Le imparto unas cuantas órdenes fáciles y simples, empleando términos comunes y no las ejecuta. Le digo: doctor, *tóquese la cabeza*, — *levante la mano*, — *deme la toalla*, etc... y no acciona. No insisto. (Advierto que esas órdenes se las imparto dándole las espaldas y sin acompañarlas con mímica alguna....)

Pruebo entonces á hacerle pronunciar la vocal *a*, y en ese momento le digo: *abra más la boca*. Inmediatamente cumple la orden recibida. (Es conveniente recordar que durante todo el tiempo empleado para enseñarle la pronunciación de esta vocal, no he dejado ni una sola vez de pronunciar con acento elevado y del modo más claro que me fué posible la frase citada, al mismo tiempo que yo cumplía la orden y le ayudaba, obligándolo á mirarse en el espejo, y á asumir la misma actitud). Para ratificar ó rectificar el juicio que me había formado después de esta observación, dispongo en la cama los cinco cartoncitos de fondo blanco sobre los que están escritos con tinta negra muy recalcada y de un tamaño mucho más grande del natural las cinco vocales, y le digo: *busque la a*, y luego: *busque la e*, y así sucesivamente. Ejecuta las órdenes como corresponde. Quito los cartoncitos, y en su lugar coloco una *copa*, una *taza*, un *lápiz*, una *pluma* y un *peso*. Le doy las órdenes correspondientes concebidas en la forma indicada más arriba, y la única que atina á cumplir es la que se refiere á la palabra *peso*.

V LECCIÓN. — Empiezo la clase en mejores condiciones que las del día anterior. El enfermo demuestra más entusiasmo, más fuerza de voluntad, y fija mayormente la atención. Como repaso le hago repetir las cinco vocales, invirtiendo el orden, y lo hace bastante bien. Noto que ha desaparecido en gran parte la exageración con que antes pronunciaba estos sonidos. La boca ocupa una postura casi normal, y ya no se nota tanto la desviación del ángulo de la

misma, que mucho desfiguraba su semblante. Le escribo la sílaba *ma*, y la lee normalmente. Le escribo la sílaba *na*, demuestra distinguirla de la anterior, de advertir la diferencia gráfica, pero no la puede pronunciar con tanta seguridad. Necesita antes estudiar la posición de la lengua y emplear un cierto cuidado para que el labio inferior no vaya á apoyarse en el superior, y en consecuencia pronunciar *ma* en lugar de *na*.

Empleo casi toda la lección en ejercicios de gimnasia lingual y labial, obteniendo que con mayor facilidad, aunque no de un modo perfecto y seguro, aprenda á ocupar con sus órganos las posiciones correspondientes para la pronunciación de las consonantes *b*, *s*, *f*, *p*, y *l*. Su lengua es sumamente rebelde para moverse de arriba hacia abajo, como sucede con la *l*; unas cuantas veces seguidas, pues de inmediato altera el ritmo y va de derecha á izquierda, de adelante hacia atrás, en todas las direcciones, haciendo contorsiones hasta volver al estado de descanso.

Para las consonantes explosivas como ser la *p*, la *t*, y la *c* presenta más dificultades que para la *m*, *b*, *n*, *f* y *s*. Tomo los objetos empleados el día anterior, los coloco en el mismo lugar y repito las mismas órdenes con resultado negativo. Solo acciona cuando le digo: *busque el peso*.

La noche del día anterior al presentarse el médico para la visita de costumbre, le repitió los ejercicios hechos conmigo la mañana del mismo día. Este antecedente que me hizo enseguida abrigar un cúmulo de esperanzas para los progresos sucesivos, pues creía descubrir el principio, el indicio de una auto-educación, ó á lo menos una cooperación eficientísima en el trabajo que iba realizando, se tornó bien pronto en un amargo desengaño, porque, á despecho del entusiasmo que siguió siempre manifestándome para readquirir la capacidad perdida, de la confianza absoluta que tenía en el éxito final y de la conciencia que ya se había ido formando á propósito del hecho de que poseía órganos capaces de emitir sonidos articulados, rarísimas han sido después las ocasiones que, en mi ausencia, haya practicado los ejercicios que día á día le iba enseñando. Causas, que no es del caso referir, se oponían á que esto se produjera. El ambiente no le era propicio....

VI LECCIÓN. — Éntro en la pieza del enfermo, y antes que nada, tomándolo casi de sorpresa, le pregunto: *¿tiene frío, doctor?* y rápido me contesta: *no*. (En la pieza hay calefacción, y aún se encuentra en cama muy abrigado. Era una mañana sumamente fría). Sorprendido por la contestación tan espontánea y tan á tiempo, le dirijo unas cuantas preguntas más del mismo tenor y para las que la contestación no podía ni debía ser sino que: *no*; pero en su lugar emite una serie de articulaciones incoherentes é incomprensibles. Me permito ahora llamar la atención de los lectores sobre el siguiente relato: En ese mismo momento la señora esposa que estaba allí presente, me refiere el encuentro que el enfermo tuvo con un cuñado que acababa de volver de Europa, y cuánto sufrió al no poder saludarlo del mismo modo que lo había hecho en el acto de despedirle. El alumno que estaba escuchando

la narración, de pronto prorrumpe en un llanto sumamente expresivo. Enseguida trato de consolarlo, y, como ya he podido advertir que la mejor forma para volverlo contento es la de halagarlo en su amor propio, y de convencerlo cada vez más de la posibilidad de volver á poderse expresar por medio de la palabra, le hago ejecutar un ejercicio nuevo, y, al superar la prueba, emite un profundo suspiro, y dirigiéndose á la señora y á una hermana suya que también estaba presenciando la clase, con mímica elocuente manifiesta que ya llegará el tiempo en que podrá hablar. Acto seguido, arrastrado por el deseo vehemente de demostrar los adelantos conseguidos, articula las vocales y las sílabas que ya conoce.

Noto que va cobrando cada día más conciencia á propósito de las posiciones y de los movimientos que los órganos están obligados á cumplir para producir un efecto determinado. El labio inferior ha adquirido ya una relativa flexibilidad y la lengua se puede mover bastante bien en su parte media y anterior. Donde siempre persiste una relativa dificultad es en el movimiento de la mandíbula inferior, cuando se trata de separarse de la superior en dirección de arriba hacia abajo. Hago unos cuantos ejercicios de lectura, y después repito en las mismas condiciones y siempre con los mismos objetos las órdenes que le había impartido ya en días anteriores. En algunos casos hace lo que se le pide, pero creo descubrir que es más bien una *ejecución fortuita* que un *acto consciente*. Efectivamente, le vuelvo á pedir el objeto que acababa de entregarme y en lugar de hacerme comprender que ya me lo había dado, se pone á buscarlo nuevamente entre los que quedaban en la cama. Al finalizar cada clase se muestra siempre más satisfecho que al empezar. Está lleno de entusiasmo.

VII LECCIÓN. — Al encontrarme frente del enfermo, le pregunto rápido: *¿cómo le va, doctor?*; y él me contesta, *bien*, en forma bastante inteligible. Quiero hacérselo repetir pero no lo consigo. Al despedirme le recomiendo que escriba un ejercicio que le he preparado, y me contesta *ti*, acompañado de un movimiento de cabeza. Se lo quiero hacer repetir, pero tampoco lo consigo. Francamente hay momentos en que se diría que no existe *sordera verbal*, pero muy pronto es preciso convercerse, cuando, por ejemplo, al pronunciarle la palabra *mamá*, palabra que él también ya sabe articular con facilidad y perfección, ni con mímica, ni con ninguna expresión de su semblante deja entrever que se da cuenta de su significado. Advierto que la mandíbula inferior se va moviendo de arriba hacia abajo con mayor facilidad, del mismo modo que alcanza á introducir el labio inferior en el interior de la boca y á apoyarlo con bastante energía contra los incisivos superiores. La lengua también cumple los movimientos de arriba hacia abajo con mayor agilidad y más rítmicamente. Los órganos en general, para las posiciones y los movimientos en que han sido ejercitados en los días anteriores, van adquiriendo una discreta memoria orgánica. La exageración en los movimientos de los mismos va desapareciendo. Se ha restablecido en forma satisfactoria el ritmo respiratorio.

Las consonantes *m*, *n*, *f* y *s*, por ejemplo, puede pronunciarlas sin tanto trabajo. La *b* y la *d*, regularmente; la *p* y la *t*, con más dificultad. (Se comprende que incurra en estas equivocaciones cuando no le presto ayuda para nada, y le exijo que me las diga desde el primer momento). Hoy alcanzó á decir *diez ma* seguidas con una sola espiración y sin que ni la mandíbula inferior ni los labios se movieran irregularmente en la pronunciación de las últimas como sucedía dos días antes. Lo mismo pasa con la sílaba *na*. (Prevengo que estos ejercicios los hago yo primero sin dejarme ver la cara. El cuenta, y cuando deajo, inicia la pronunciación, concluyendo cuando alcanza el número de veces articulado por mí. En esta operación difícilmente se equivoca). Le deajo en cartoncitos separados escritas las vocales y las sílabas *ma* y *na* para que las lea durante el día y las escriba muchas veces en otra hoja de papel.

VIII LECCIÓN. — No bien entro en la pieza me muestra con suma satisfacción que había hecho lo indicado el día anterior. Efectivamente, después de haberse ensayado varias veces en una hoja de papel aparte hasta conseguir una relativa seguridad para la escritura de las vocales y de las sílabas que le había entregado como modelo, recortó igual número de papelitos y en cada uno de ellos escribió una letra diferente. Lo que no hizo es el ejercicio de lectura. Se las hago leer, invirtiendo el orden, y las recuerda casi todas. La indocilidad de los órganos no le permiten aún pronunciarlas con la debida rapidez. Necesita para algunas, para la *e* y para *na*, por ejemplo, cambiar varias veces de posición antes de dar con la conveniente. Todo este trabajo lo realiza solo, lo que demuestra que tiene una conciencia clara de lo que se propone hacer, y lo que más conforta es que, cuando para pronunciar la *e*, sale un sonido que se asemeja al de la *a*, y después al de la *o*, al de la *u*, ó á cualquier otra articulación, sin que yo le indique el error, *de por sí solo los va rechazando uno tras otro hasta dar con el que corresponde al de la e*, y en este caso me hace comprender que lo encontró, y lo repite unas cuantas veces con energía, acompañando la pronunciación con un movimiento de la mano, como para decir: *Te hallé por fin; ahora no te vas á escapar más!*

Ensayo otra vez la pronunciación de la sílaba *pa*, y lo consigo en parte. Debido á la poca energía con que comprime los labios y á una espiración por la nariz, resulta que muchas veces en lugar de *pa*, dice *ma* ó *ba*. Paso á la pronunciación de la sílaba *fa*, y obtengo que me la diga de un modo casi correcto. El labio inferior alcanza á ir á apoyarse en los dientes incisivos superiores con mayor ligereza y precisión que en el día anterior. La desviación del ángulo de la boca que en la pronunciación de esta sílaba hacía que una buena parte del aire saliera por un costado en lugar de salir por la parte anterior, adquiriendo por consiguiente un ruido muy anormal, ha desaparecido casi por completo.

Lo mismo ocurre en cuanto se relaciona á la posición de la lengua para la pronunciación de la sílaba *sa*, por más que aún exista una pequeña dificultad en la mandíbula cuando tiene que separarse de la

superior para la pronunciación de la *a*. En ese instante en lugar de moverse de arriba hacia abajo, verticalmente, lo hace en forma oblicua, impidiendo esta postura, como es natural, la exacta pronunciación de la vocal *a*. Lo invito á hacer unos cuantos ejercicios con los labios y con la lengua y me imita bastante bien.

IX LECCIÓN. — Lo encuentro algo triste y de su semblante se infiere que está dominado por algún pensamiento que lo evidencia su estado actual. En efecto, al rato se descubre y me indica que el brazo no puede moverlo para nada, que no puede articular los dedos, y que todo esto sucede después de ocho largos meses que le practican masajes, le aplican corrientes eléctricas, le dan inyecciones, etc. . . . Este hecho lo tiene sumamente preocupado. Como es natural, antes de empezar la clase, me propongo animarlo y distraerlo con preguntas y pantomimas destinadas á hacerlo reír. Con facilidad lo sugestiono logrando mi intento.

En seguida doy principio á los ejercicios. Insisto sobre la sílaba *pa*, y consigo que se dé cuenta exacta del modo de pronunciarla y que lo haga repetidas veces. Inmediatamente inicio la pronunciación de *ta*, y también consigo muy buen resultado. Pruebo hacerle pronunciar *va*, pero encuentra más dificultades. La expiración se produce por la nariz. Nota el error, trata de modificar y pronuncia una *f*.

Le entrego un cartoncito con la sílaba *sa*, y de esto se complace muchísimo. Después de unas cuantas pruebas me muestra que la distingue de las demás, que la conoce y sabe pronunciarla. (Advierto que ahora, cuando no adivina enseguida la pronunciación de una sílaba que tiene por delante escrita, con el índice de la mano izquierda sigue los contornos de la misma como si tuviese que escribirla, y si tampoco por este medio alcanza á recordar su valor fónico, me pide que la pronuncie yo. Inmediatamente se golpea la frente, como queriendo decir: *Tiene Vd. razón*). Le dejo como deber que vuelva á escribir y á leer para el día siguiente todas las letras y sílabas que le he entregado.

Durante esta lección á una serie de preguntas mías me contesta á su manera, es decir, en forma incomprensible, pero á diferencia de las otras veces acompaña los movimientos de los labios y de la lengua con una mímica bastante expresiva. (Hago notar que de mi boca nunca sale una sola palabra dirigida á él que no esté traducida en una seña lo más elocuente posible). También cuando de *motu proprio* quiere manifestar algo, noto que emplea un número de movimientos de los órganos vocales mucho más distintos entre sí, lo que no hacía antes. Al principio se limitaba á emplear su *jerga*: *cacó-cocá-cacó*, mientras que ahora intercala con mucha rapidez estos otros sonidos: *pa-papá-macó-dapá-naso-lamá*, y así sucesivamente.

X LECCIÓN. — Estado de ánimo muy bueno. Me recibe con mucha afabilidad. En la pieza contigua hay un sirviente que hace la limpieza. El enfermo oye un pequeño ruido, y me indica que vaya á decirle que se retire. Hago lo que me pide, pero intencionalmente dejo la puerta semi-abierta. Entonces con un ademán muy expresi-

vo, como pidiéndome disculpa, me requiere que cierre también la puerta. Desde el comienzo de la clase me manifestó el deseo de que permanezcamos solos, que nadie lo oiga y lo vea mientras practica los ejercicios. Antes que nada le hago pronunciar *ta*, y consigo que la diga con mucha claridad y perfección. Lo invito á pronunciar la *pa* y obtengo idénticos resultados. Insisto en la pronunciación de *va*, y demuestra aún alguna pequeña dificultad. A veces expira por la nariz. Se da cuenta del inconveniente y de por sí solo prueba tantas veces hasta conseguir un sonido que se aproxime al real, y en seguida me pregunta si es el verdadero. Le hago nuevas indicaciones, lo ayudo un poco, se la hago repetir unas cuantas veces conmigo, y obtiene por último pronunciarla con bastante regularidad.

Suspendo estos ejercicios, y empiezo la enseñanza de la pronunciación de la sílaba *la*. La hago preceder de unos cuantos ejercicios de la lengua, y veo que la pronuncia ya bastante bien. Aumentan las equivocaciones, ó mejor dicho, las imperfecciones, cuando le exijo que la pronuncie muchas veces seguidas y con una sola espiración. A simple título de prueba, lo invito á pronunciar la sílaba *ca*, pero no alcanza á arquear la lengua en su parte media posterior como para que vaya á apoyarse en el paladar, y pronuncia solamente *a*. Nota el error, y protesta en su jerga, emitiendo en esa oportunidad un gran número de *ca*, *có*, *cacó*, etc... Le ayudo un poquito con el baja-lengua, y tampoco da resultado. Le hago entonces pronunciar la *j*, que me articula en seguida, y sensiblemente, por simple invitación, lo guío á interceptar la espiración, á levantar la base de la lengua, empujándola un poco hacia adelante, y, aunque de un modo no del todo perfecto, emite *ca*. Me hace comprender que se ha dado cuenta y que otra vez la pronunciará mejor. Mientras tanto me pide que la pronuncie yo unas cuantas veces más, excusándose él de repetir porque le duele un poco la garganta. (¡Ironía... La pronunciación de la sílaba *ca*, que dice *millares de veces por día*, sin tener de ello conciencia, se entiende, le da más trabajo que ninguna de las otras).

Está apurado para que vea lo que escribió. Efectivamente lo encuentro bastante bien hecho. Pero le manifiesto que con eso no me considero satisfecho, y que me gustaría que probase á escribir sin el modelo por delante. Lo proveo de lo necesario y empiezo á dictarle las vocales, luego los sonidos correspondientes á las consonantes, y por último las sílabas. Dejando de considerar la *caligrafía*, que aún deja mucho que desear por la inseguridad de la mano izquierda en ejecutar esos movimientos, supera la prueba en casi todas sus partes. Le llamo la atención sobre este nuevo triunfo, del que se muestra muy satisfecho. Luego le invito á leer lo que él mismo acababa de escribir y también lo hace con bastante seguridad. Creo descubrir que la memoria se va fortificando cada vez más. La mímica sigue siendo más abundante, más precisa y más determinada. Aumenta en él el entusiasmo y la confianza en la curación.

XI LECCIÓN. — En esta lección hago un repaso de todos los ejercicios practicados en los días anteriores, y después me especializo

con la pronunciación de las sílabas *ca* y *va*, por ser la que aún le ofrecen mayor dificultad, tanto más *va* por el empeño que tiene de marcar distintamente el *zumbido* que caracteriza esta consonante, debido al esfuerzo que hace, en algunos momentos las vibraciones se producen en la nariz, en lugar de producirse entre el labio inferior y los incisivos superiores. Después de unas cuantas pruebas, consigue articularlas bastante bien. Le hago leer las distintas combinaciones, y demuestra no haberse olvidado. La clase dura una hora y veinte y cinco minutos y no revela cansancio.

XII, XIII, XIV, XV LECCIONES. — Durante todos estos días insisto en los ejercicios tendientes á asegurar cada vez más la pronunciación de las sílabas en las que ya ha sido ejercitado, pasando de una posición á otra con una rapidez relativa y con todas las cinco vocales.

Insisto en los ejercicios de lectura y de escritura, teniendo especial cuidado de cultivar, como ya lo recordé, el centro auditivo. Considerando que dicho centro, bajo la influencia de los estímulos fisiológicos que emanan del centro visivo puede ser favorecido en su nutrición y desarrollo, es precisamente de la lectura que me sirvo con mucha frecuencia.

Debo advertir que, llegado á este punto, tanto en la enseñanza de la pronunciación, como en la de la lectura y de la escritura, á fin de fijar las imágenes del mejor modo posible, presento cada una de ellas junto á otras que por sus características tengan entre sí un fuerte contraste. En la lectura le enseño dos sílabas á la vez, eligiendo las que ofrecen diferencias mayormente acentuadas tanto en cuanto se refiere al signo gráfico, como al sonido *pa* y *sa*, por ejemplo. Es superfluo recordar que, no siendo posibles explicaciones acerca de los factores que intervienen en la articulación del lenguaje á causa de su sordera verbal, además del oído, sigo ayudándome también de la vista y del tacto.

XVI LECCIÓN. — Está sumamente excitado. Ha tenido algún disgusto. No quiere que le dé clase. En forma bastante seca me pide que me retire. (El día anterior por nada quiso admitir la masagista). Sorprendido por esta actitud, sin pedirle explicaciones y sin conocer antecedente alguno, me asocio á él para protestar enérgicamente contra quien lo había importunado. En vista de mi actitud, y como si realmente hubiese dado en el blanco, mi enfermo cambia por completo, me toma de la mano, me hace lugar en la cama, me indica que me siente cerca de él, y después de haber mirado atentamente si alguna puerta estaba abierta, y de haberse asegurado que nadie lo escucharía, empezó á narrarme, mediante una mímica regularmente expresiva, *pero no siempre bien definida y ordenada*, lo que le había ocurrido el día anterior y la mañana de ese mismo día antes de llegar yo, y que, según él, representaba una serie de malevolencias y de injusticias. (Conviene tener presente que en esta circunstancia la articulación de su jerga la hacía de un modo casi diáfano y acercándose á mi oído). Yo demuestro haberle comprendido, le doy todas las razones del mundo, lo consuelo, lo invito á tener paciencia, etc. . . . y después inicio algunos

ejercicios. Él se presta de muy buena gana; pero una idea fija lo persigue; á cada instante interrumpe el ejercicio, y vuelve á sus protestas. Lo entretengo con *ja, ca, va*, durante unos minutos, pero luego me veo obligado á suspender la clase, tanto más que él me manifiesta *sentirse mareado y con dolor de cabeza*.

XVII LECCIÓN. — (De una mirada dirigida á un miembro de la familia que está presente cuando entro en la pieza, creo ver que la idea del día anterior no se ha borrado. Disimuladamente indico á dicha persona que se retire y el enfermo se vuelve algo más calmado y dispuesto á seguir mis indicaciones. Su nerviosidad va en aumento. Los médicos le cambian los remedios, y le sugieren otro régimen de vida. Se me informa que no quiere más la compañía de nadie, que rehusa comer, que se levanta á altas horas de la noche para recorrer las demás habitaciones, y que durante mi ausencia no hace sino protestar contra todos y contra todo). En tan malas condiciones inicio mi labor y consigo que pronuncie correctamente la sílaba *va*, mejora mucho *ca*, y casi alcanza á articular *lla*. Para la enseñanza de esta última sílaba para nada me sirvieron ni la vista ni el tacto. El oído ha bastado por sí solo. Le recuerdo como complemento el ruido que producen ciertos insectos cuando vuelan, y en seguida trata de reproducirlo. En esta circunstancia le altero un poquito la posición de la lengua en su parte media, y *lla* sale casi perfecta. Le junto para que las pronuncie una tras otra las sílabas *pa, ba, ma, y ta, na, sa*, sílabas que antes confundía con mucha facilidad, debido á la postura y comportamiento casi igual de los órganos para su pronunciación. Demuestra darse cuenta de las pequeñas diferencias, y supera la dificultad.

XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII LECCIONES. — En estas lecciones lo ejercito en la pronunciación, y particularmente en la lectura de las sílabas que ya conoce. Le hago ejecutar una serie de ejercicios tendientes á desarrollar en él la memoria motriz de la articulación y la memoria acústica ó auditiva. Noto que manifiesta mayor facilidad para pronunciar las sílabas después de haberlas oído pronunciar por mí, que no cuando las lee. Cuando lo invito á leer demuestra recordar el valor correspondiente á cada sílaba, pero emplea un tiempo relativamente más largo para emitir el sonido correspondiente. Los órganos no van á ocupar la posición de partida con la rapidez correspondiente lo que no sucede cuando las oye articular primero por otra persona.

La sílaba que en estas condiciones le ofrece mayor dificultad es *ta*, pues la cambia muy fácilmente con *na* ó con *sa*, puesto que la posición de la lengua y la abertura de la boca es más ó menos igual para las tres. Ya está en condiciones de pronunciar, *repitiendo ó leyendo*, con bastante corrección: *a, o, u, e, i, pa, ba, ma, ta, da, na, fa, va, ca, sa, lla, ja, ña*. Los recuerdos de su vida anterior siguen esteriorizándose con frecuencia cada vez mayor y de un modo más detallado. Me impresiona muy favorablemente el hecho de que la sordera verbal va paulatinamente desapareciendo. Le hago preguntas en condiciones que no me vea la cara, ni acompañando mi palabra con mímica alguna, y se da cuenta de ellas, me comprende, y me contesta

con señas que traducen claramente su pensamiento, lo que antes en ningún caso podía hacer. Pero lo importante es que, aún así, á ciertas preguntas sumamente fáciles, que no salen del orden común, todavía no da señales de comprender. Durante estos días de clase tuve ocasión de dirigirle las siguientes preguntas: Doctor, *¿ha venido la masagista?* Inmediatamente se incorporó en la cama, levantó los hombros como para significar que lo ignoraba, y, tendido el brazo, me indicó con el índice una pieza contigua á la que ocupábamos nosotros, donde solía esperar dicha persona hasta que salga yo para cumplir con su misión. Este movimiento lo acompañó con una expresión de su semblante como quien dijera: *puede ser que esté allí esperando.* Otra vez le pregunté: Doctor; *¿cómo va su brazo?* Como contestación, se destapó en seguida, se ayudó un poco con la mano izquierda, lo levantó, extendió los dedos y por último sacudió la cabeza como queriéndome decir: *que no encontraba mejoría alguna.* En otra oportunidad le dije: Doctor; *¿ha viajado por Italia?* Me contestó afirmativamente, y luego se esforzó para hacerme una breve descripción del *Vesubio.* Tuve también ocasión de preguntarle: *¿tomó el desayuno?* No dió señales de haberme comprendido.

XXIV LECCIÓN. —Empiezo la clase haciéndole repetir todas las consonantes que ya sabe pronunciar en unión á las cinco vocales, lo que hace bastante bien. Cambio ejercicio, y en lugar de hacerle pronunciar estas sílabas en el orden siguiente: *ma, mo, mu, me, mi,* lo invito á que diga, *mo, mi, me, ma, mu,* etc. . . . y luego, *pi, ta, su, lo, ni,* etc. . . . , y todo esto con rapidez y energía. Al principio tropieza con alguna dificultad, pues sus órganos aun no son ágiles lo suficiente como para pasar de una posición á otra en la forma que se requiere. A fin de no desalentarlo ni fatigarlo, dejo este ejercicio para el día siguiente, y le hago unir dos sílabas de las que él pronuncia más cómodamente para formar una palabra que represente algo, y le pronuncio *cama.* Me la repite perfectamente bien. Insisto para que la diga unas cuantas veces seguidas y que se fije bien en lo que está articulando. Cumple al pie de la letra mi indicación. Al rato lo invito para que me indique el objeto correspondiente pero no sabe. Manifiesta, mientras va pronunciando *sotto voce* esta palabra, hacer un esfuerzo enorme para recordarlo y todo inútilmente. Entonces vuelvo á pronunciarla yo, y al mismo tiempo á tocar el objeto correspondiente. Le digo que haga lo mismo, pero creo ver un automatismo inconsciente. No parece que la asociación entre la palabra y el objeto que representa se haya producido en la forma que yo deseaba. Acudo en consecuencia á otro expediente. Tenía en el bolsillo preparado ya un cartón blanco sobre el que había pegado la figura de tres camas distintas, bastante grandes, con abajo escrito en letras de un tamaño superior al natural y colorado el nombre respectivo. Lo saco, le hago ver el dibujo, se lo entrego para que lo examine bien, se lo hago comparar con otros objetos distintos, y finalmente me indica que una de ellas era igual á la que ocupaba él. Entonces levante el papelito que cubría la palabra escrita y lo invité á que la leyera. Para asegurarme que el fenómeno se había producido con la precisión y exactitud debida, le entrego un número de cartones con dibujos

distintos, entre los que se encontraban entreverados cuatro ó cinco con el dibujo de la cama y le digo que me los aparte. Hace la selección sin equivocarse. Como premio le dejo en custodia el cartoncito, con la recomendación de que el día siguiente debía saberme pronunciar el nombre del objeto que tenía ahí dibujado, *sin ver la palabra escrita*.

Antes de terminar la clase hago este otro experimento. Desaparecida ya parcialmente la afasia motriz y la sordera verbal, quiero constatar en qué grado persiste la sordera y ceguera psíquica. Le pronuncio *copa* y repite exactamente, sin dejar entrever que comprende el significado de esa palabra. Tomo un cartón y escribo, *copa*. Lee sin dificultad, pero tampoco demuestra darse cuenta. (Téngase presente que arriba de una mesita de noche, sin que él maliciara nada, yo había intencionalmente colocado unas cuantas copas y en una posición que forzosamente tenía que verlas). En vista de este resultado negativo, coloco entre sus manos una de ellas para que la palpe, y luego le hago accionar con ella según el uso para que está destinada, y lo invito que me la nombre, pero tampoco lo consigue. Convenido de antemano con un sirviente, á una señal mía, produce en una pieza contigua un ruido continuado y relativamente intenso por el choque de varias copas entre sí. En seguida tiende el oído en aquella dirección, pero invitado á decir lo que ocurría, no lo supo, ni siquiera por medio de una seña. Le vuelvo á hacer pronunciar la palabra *copa*, y siempre con el mismo resultado.

XXV LECCIÓN.—No bien entro en el dormitorio me presenta el cartoncito, se detiene un instante á estudiar la posición de la lengua para la pronunciación de la sílaba *ca*, y luego me dice *ca-ma*, indicándome el dibujo. Pronuncio yo esta misma palabra, y le pido que me indique el objeto correspondiente, lo que hace con toda fidelidad. A fin de asegurarme de si tenía conciencia de lo que hacía y decía, yo en lugar de pronunciar *cama*, decía *sombrero*, *planta*, *cuaderno*, etc. . . . y él se mantenía inmóvil, hasta que, pronunciado *cama*, me hacía un signo afirmativo y me indicaba el objeto. En presencia de este resultado, quise probar si recordaba su nombre, por más que aún no lo supiese ni pronunciar, ni leer, ni escribir. Su nombre es *Carlos*. Empecé por decirle: Vd. se llama, *Luis*, *Pedro* y así unos cuantos nombres más que no eran el suyo. El acompañaba la pronunciación de cada uno de esos nombres con un signo de la cabeza negativo, hasta que al decir *Carlos*, sonriéndose, me hizo comprender que ese precisamente era su nombre.

Concluida esta prueba, le hago pronunciar y leer varias otras palabras de dos sílabas en presencia del dibujo y se las entrego para que se ejercite durante mi ausencia. (Bueno es recordar nuevamente que, cuando está solo, muy difícilmente repite los ejercicios, y ninguno de los miembros de la familia puede hacerle aplicar en la práctica los nombres que ya sabe pronunciar).

En uno de los cartoncitos estaba dibujada una vaca, y, no bien la vió, me hizo una seña para manifestarme que aquella era una figura muy conocida por él y que la recordaba perfectamente bien. Esto no quiere significar que haya alcanzado á articular el nombre correspon-

diente; hubo necesidad de que yo lo pronunciase primero. En seguida lo repitió con suma facilidad, á despecho de ser la *v* una de las consonantes que siempre le costó para articularla, y en lo sucesivo, jamás la olvidó, ni la confundió con otros objetos ó animales, como á veces sucedía tratándose de otros nombres. (*El era estanciero*). En seguida le entrego los cartoncitos donde se hallan escritas la sílabas; le pronuncio la palabra *copa*; le digo que busque las sílabas correspondientes á la misma y que en el orden debido las coloque debajo de la figura que representa el objeto nombrado. Lo hace sin equivocarse. Repito la misma prueba con otras palabras, y siempre con resultado positivo. Suspendo la lección después de una hora de trabajo intenso.

XXVI LECCIÓN.—Siempre con la idea fija de ir explorando las evoluciones que experimentaba su memoria tanto en lo que se refería á los recuerdos de cosas pasadas, como en las nuevas que día á día le proporcionaba, teniendo conocimiento de que en años anteriores había realizado un largo viaje por Europa en compañía de su señora esposa, empecé á hablarle del carnaval de París que él había presenciado, relatándole la participación directa que en él había tomado. (La misma descripción acababa de hacérmela por pedido mío la señora antes de entrar en la pieza del enfermo). Al escuchar la narración, dejaba entrever de la expresión de su semblante, que se daba cuenta en el conjunto de lo que le iba diciendo, probándomelo en forma indiscutible, cuando al decirle yo que en esos días á su señora esposa la habían robado en el hotel unas cuantas libras esterlinas, se puso á reir con mucha espontaneidad, y en seguida, indicándome la señora que estaba presente, con una seña muy expresiva, como queriéndose burlar de ella, me manifestó que, á consecuencia de eso, *lloró* durante un buen rato. En esa misma circunstancia la señora me comunicó que su esposo antes de enfermarse tocaba admirablemente el *violoncello*. Al escuchar esto el paciente se puso triste, hizo un ademán de imprecación, y me hizo comprender que ahora no lo podía tocar más porque tenía la mano derecha inutilizada. Con una mímica concluyente me dió á entender que en Montevideo tocó en varios conciertos, que él era quien dirigía el cuarteto y que en su casa particular tocaba siendo acompañado en el piano por su señora.

En posesión de este precioso antecedente, y teniendo en cuenta que muchos hombres de ciencia afirman que existen varias especies de memorias con una sede cerebral más ó menos diferente la una de la otra, quise probar en qué condiciones la terrible enfermedad había dejado la *memoria musical* de mi alumno, y si padecía también de *amusia*. Para esto suspendí momentáneamente la lección y, fingiendo arreglarme la corbata, me acerqué al espejo de un ropero colocado en frente de su cama para poder así notar, sin ser visto por él, la impresión que le causaría, lo que estaba por hacer. En seguida me puse á cantar en tono semi-bajo. «*La romanza de la Cavalleria Rusticana*». Después de unas cuantas notas, observo que se coloca como para percibir mejor el canto, y luego como movido por una fuerza extraña, se sienta en la cama,

levanta el brazo izquierdo y marcando el compás se pone él también á cantar conmigo las notas, (se comprende ya que no le era posible pronunciar las palabras). En vista de esto, dejo intencionalmente de cantar, y él sigue solo sin equivocarse casi hasta el término de la romanza. Me doy vuelta, lo aplaudo, lo felicito, y le pregunto si no recuerda otros cantos. Lleno de satisfacción me hace comprender que sí. Le pido el «*Himno Nacional Argentino*». Se detiene á pensar un instante, prueba varias notas, pero no da con las buenas. Entono yo, y en seguida me dice que eso era lo que andaba buscando, y sigue perfectamente bien. Le canto algunas canciones populares italianas (él es hijo de italianos) que también conoce y, riéndose se complace de la ocurrencia.

Conseguido lo que me había propuesto, le prevengo que tenía que repetir la misma sílaba y el mismo número de veces que iba á pronunciar yo, manifestándole de paso la seguridad de que no tendría la capacidad de hacer lo que acababa de pedirle. A esto se apura contestar en sentido contrario, haciéndome con la mano izquierda una seña, como queriendo decir «*ya veremos*». (Prevengo que estas especies de desafíos los empleo muy á menudo en el transcurso de las lecciones, pues observo que constituye un medio excelente para despertar su amor propio y avivar su atención). Me coloco en el fondo de la pieza, le doy las espaldas, y pronuncio *quince veces consecutivas*, bien acentuada la sílaba *sa*. Lo invito á hacer lo mismo, y mi sorpresa no es poca al constatar que supera felizmente la prueba *sin necesidad de acudir al auxilio de los dedos para llevar la cuenta*. Cambio ejercicio y le digo: pronúncieme *ocho veces* la palabra *copa*. También lo hace sin equivocarse. Sigo con estos ejercicios, alternándolos oportunamente, hasta concluir la clase.

XXVII LECCIÓN.—Conseguido que pronuncie con relativa facilidad un número determinado de veces la misma sílaba con la misma vocal, lo ejercito en la pronunciación de esta con vocales distintas, y luego con sílabas diferentes á fin de ir preparando de este modo el terreno para la formación de las palabras polisilábicas, y de cortas frases. Al principio encuentra alguna dificultad, pero luego consigue desempeñarse bastante bien. Pruebo hacerle pronunciar las sílabas inversas y lo hace con relativa corrección. Lo ejercito en la pronunciación de las sílabas *ga* y *cha*, y demuestra que está en condiciones de poderlas articular muy pronto. La *rr* latina, sonora es la única que por el momento no he alcanzado á hacerle emitir. Pronuncia una *rr* francesa. Le presento unos cuantos cartoncitos sobre los que están pegadas figuras de animales y de objetos. En uno de ellos se encuentran las cuatro patas de un caballo, y debajo está escrita la palabra *pata*. El enfermo que tiene el lápiz en la mano, sin decirme nada, le agrega una *s* al final, y luego me pregunta *si no era así que debía estar escrito*. En otros dos cartoncitos se encuentran un gato y un perro. Se los presento, manteniendo el nombre tapado, y le indico que me los nombre. Visto que no daba con las palabras respectivas, le pedí que me demostrase que realmente conocía á esos animales en la forma que

le pareciera mejor. Entonces el gato señaló con el *maullar* y el perro con el *ladrar*.

Coloco delante de él unos quince ó veinte objetos, al principio eran tan solo cuatro ó cinco, *cuyos nombres se los he pronunciado muchas veces*, pero que él todavía no sabe articularlos, y le digo: *el lápiz, — el espejito, — la toalla*, etc. ejecutando todas las órdenes sin confundirse, y cuando le vuelvo á solicitar ó un objeto que ya me ha entregado, ú otro que no se encuentra allí, después de haberlos revisado á todos, me hace comprender: ó que no lo he puesto, ó que acaba de dármelo.

Por último observaré que, todas las veces que entro en la pieza, me conoce y puede decir espontáneamente y con conciencia: *¿ cómo le va?*



Y sin necesidad de seguir describiendo en todos sus detalles los demás ejercicios á que el paciente ha sido sometido por algún tiempo más, como también las transformaciones profundas por él experimentadas en lo que se refiere á la parte intelectual y moral, diré que después de *55 lecciones* había conseguido echar las bases para un trabajo ulterior mucho más rápido, seguro y completo. Circunstancias que no es del caso consignar aquí, me obligaron, muy á pesar mío, á suspender las lecciones, quedándome la íntima satisfacción de poder afirmar que si los progresos, por el tiempo muy corto que duró el tratamiento, no han sido tan considerables como hubiera deseado, queda el valor científico de los resultados obtenidos para suplir en parte este vacío.

El caso en cuestión es, sin duda, de los más graves é interesantes al mismo tiempo, pues son raras las veces que se encuentran reunidas en una misma persona, *sordera verbal, afasia motriz, afasia amnésica, sordera psíquica, agrafia, ceguera verbal y ceguera psíquica*. Hay que tener en cuenta además que cuando la lesión del centro auditivo izquierdo se produce conjuntamente á la del visivo del lado omónimo, coloca al individuo en un estado sumamente deplorable, puesto que él no puede ni hablar, ni escribir, ni comprender el lenguaje que escucha, ni aquél que ve impreso ó escrito, presentando al mismo tiempo una alteración mental, debido á la supresión de los principales símbolos lingüísticos, por cuyo intermedio se cumplen los más elementales procesos mentales. A todo esto agréguese que el estado general del paciente dejaba mucho que desear, y que el ambiente en que vivía era del todo contrario á las necesidades de su espíritu y de su sistema nervioso.

En esta ímproba y delicada tarea me han seguido muy de cerca los facultativos que habían solicitado mi humilde concurso, y ellos también en presencia de los hechos y de los resultados descritos sumariamente, convinieron en admitir que los beneficios que se derivan de esta terapéutica pedagógica especial, son mucho más dignos de ser tomados en cuenta de lo que por lo general se cree

aún en la actualidad. Este que es sin duda el mejor galardón á que podía aspirar, constituye al mismo tiempo la ratificación más autorizada de la necesidad y de la importancia de escuelas de esta índole. Muchos otros casos más de afasia que han sido atendidos y siguen estudiándose en la escuela especial de mi dirección y que revisten todos un interés científico no común, podría citar, pero no es del caso, debiendo tan solo advertir que entre los alumnos de esta sección figuran hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, inteligentes y deficientes, imbeciloides, que no han podido recuperar ó adquirir de por sí ó con la ayuda de la medicina, la facultad perdida ó nunca habida, lo han conseguido en mérito á la eficacia de la pedagogía especial, resultando su palabra ser el *tan deseado compuesto fisio-psicológico*.



¿Cuál es, entonces, se me preguntará, el procedimiento que se adopta para corregir esos desórdenes del lenguaje motivados, según opiniones autorizadas, en su gran mayoría más por alteraciones funcionales que anatómicas? Indagada la causa ó las causas principales que dan origen á la anomalía, la primera preocupación, siempre, en todos los casos, antes que nada debe ser la de colocar á los órganos periféricos de la palabra en condiciones de reproducirla como simple fenómeno *fisico-fisiológico*, siendo esta una condición *sine qua non* para que el fenómeno psíquico alcance á exteriorizarse en toda su plenitud. Para conseguirlo, se procede al revés de la naturaleza. En lugar de enseñar la palabra como producción sintética, se enseñan las partes de la misma con criterios fisiológicos para que luego, uniendo estos distintos sonidos, se pueda formar la palabra. (En esta investigación, teniendo en cuenta que hay algunos que aprenden el lenguaje exclusivamente escuchando, y otros que lo aprenden mejor por medio de la lectura, siendo por consiguiente natural que los diferentes centros sensoriales ejerzan una influencia muy distinta sobre el centro motriz de la palabra, es también oportuno clasificar, hasta donde sea posible, esos diferentes tipos, es decir, separar los que están más en condiciones de percibir las impresiones por medio del oído, de los que registran y conservan mejor las imágenes visivas).

Ahora, considerando que para hablar es necesario tener algo para decir, y este algo son las ideas y los pensamientos, cuya elaboración es el producto de lo que llamamos inteligencia; que á la gran variedad de las alteraciones del lenguaje, van generalmente asociadas otras tantas diferentes lesiones cerebrales, y que la educación de las distintas facultades debe ser simultánea, dado este primer paso, nos dirigimos á los centros superiores, empleando para cada caso los medios que nos suministran la fisiología y psicología modernas. Y, ¿cómo explicar la posibilidad de curar á aquellos afásicos que jamás han podido pronunciar una sola palabra á despecho de tener el oído en condiciones normales y de permanecer en ellos

completamente intacta la capacidad del lenguaje interior ó mental? Hay quien cree que el restablecer se debe á la acción continuada ya sea del resto de la corteza, ya de los centros inferiores, los que adquieren funciones no ejercidas por ellos, hasta aquel momento. Otros creen que este hecho se debe á los centros restantes (corticales ó inferiores) que vuelven á desempeñar el papel que siempre han desempeñado, pero que la lesión había temporariamente inhibido el ejercicio de los mismos. Otros, en fin, opinan y preguntan si todos los casos en que se restablece una función, pueden ser interpretados de una manera tan simple, ó bien si algunos de ellos no se deben atribuir á la formación de pasajes enteramente nuevos en los centros que quedan, *educándose* para ciertas funciones que originariamente no poseen.

Yo no tengo, como desearía, á mi disposición ningún examen necroscópico de los casos tratados para poder contestar á estas preguntas, pero apoyándome en las observaciones hechas sobre un número considerable de sujetos anormales, me inclino á creer, con un distinguido autor, que los afásicos muy difícilmente pierden en absoluto la facultad de hablar, y que lo que pierden ó no adquieren es el arte de usar los órganos vocales, como también considero que deben estar en lo cierto aquellos hombres de ciencia cuando afirman que no existe en el cerebro «un centro para la palabra» del mismo modo que no existe en la mente «una facultad de la palabra» y que, más ó menos, todo el cerebro trabaja en un hombre que esté hablando.

Esos afásicos que permanecieron largos años sin readquirir la capacidad de decir una sola sílaba, después de haber agotado todos los recursos sugeridos por la medicina y la cirugía, *y solo vuelven á hablar con la ayuda de la pedagogía especial*; esos afásicos que llegan á los diez, once, y más años sin haber pronunciado una sola palabra, *y mediante la eficacia de la mencionada pedagogía hablan á los cuatro meses de clase*, son pruebas más que elocuentes para demostrar lo fundado de estas aseveraciones.

Mientras tanto, hechos positivos son que el niño habla con los dos hemisferios, y que entre el centro de la palabra articulada de la izquierda y la omónima de la derecha, existen fibras conmesurales; que el tratamiento para facilitar la reintegración funcional está reservado á la medicina, mientras que al pedagogo corresponde el tratamiento para facilitar la compensación funcional; que la curación de los trastornos del lenguaje por compensación funcional constituye un procedimiento que reúne muchas dificultades, en comparación de la simple adquisición de nuevas aptitudes motoras por las personas que tengan el cerebro sano; que el procedimiento para curar la afasia es mucho más fácil y cómodo en los que el lenguaje, ya bien adquirido, ha sido perdido á consecuencia de una lesión de la región de Broca, porque es más fácil producir una compensación funcional por medio de un desarrollo ulterior de la tercera circunvolución frontal derecha, que educar centros bulbares aún no desarrollados, como sucede precisamente con aquellos individuos en quienes el lenguaje no alcanzó el desarrollo repen-

tino; y que por último la rapidez y la seguridad con que se podrá realizar la cura, dependerán del *quantum* de inteligencia general reservada en el paciente y del grado de atención con que puede seguir los ejercicios que ejecuta el maestro.

LUIS MORZONE.

Director de la Escuela Especial de Anormales
de la Provincia de Buenos Aires.

I.a Plata, Junio de 1912.